

CAPÍTULO XV

Trigésimo virey D. Gaspar de Sandoval, Silva y Mendoza, conde de Galve.—
Envía una expedición á reconocer la costa de Tejas, con orden de arrojar á los franceses de cualquier establecimiento que hubiesen formado.—Sublevacion de los indios taramaues.— Varias presas hechas á los corsarios.— Envía el virey una expedición á batir á los franceses en la isla de Santo Domingo.— La expedición alcanza un brillante triunfo sobre los franceses.— Se establece una colonia en Tejas.— Hambre en Méjico.— Disposiciones benéficas tomadas por el virey y el Ayuntamiento.— Motin popular producido por la escasez de maiz.— Prenden los amotinados fuego al palacio y otros edificios del gobierno.— Se refugia la familia del virey á San Francisco.— Se apacigua el motin.— Se castiga á los autores del motin.— Se publican varios bandos por motivo del motin.— Recoge la autoridad casi todo lo que los amotinados habian robado, y lo entrega á sus dueños.— Se concluye pacíficamente la conquista de Nuevo Méjico.— Se reedifica el palacio.— Envía el virey á la isla de Santo Domingo una fuerza para auxiliar al gobernador español de ella.— La Armada de Barlovento bate al corsario Lorencillo.— Se establece una colonia en Panzacola.— Termina el gobierno del conde de Galve.

Desde el 20 de Noviembre de 1688 hasta Febrero
de 1696

Don Gaspar de Sandoval, Silva y Mendoza, conde de Galve, trigésimo virey de la Nueva España, llegó á

Chapultepec el 11 de Noviembre de 1688, pintoresco punto próximo á la capital, donde le tenían dispuestos agradables festejos. Terminadas las fiestas con que le agasajaron, tomó posesion en el Real acuerdo el 20 del mismo mes, y el 4 de Diciembre hizo su entrada pública en la capital. Le acompañaba su esposa D.^a Elvira de Toledo, hija del marqués de Villafranca.

Informado el nuevo virey, por el conde de Monclova, del establecimiento de una colonia francesa en el Seno Mejicano, se propuso quitarlo. Uno de los encargos hechos por la corona, era que se impidiese que formase colonia en aquellos sitios ninguna otra nacion. El conde de Galve, deseando cumplir con el mandamiento del monarca, mandó al gobernador de Coahuila, que con una fuerza de gente escogida, un geógrafo y un intérprete, reconociese la bahía de San Bernardo en la costa de Tejas, y que si era cierto que los franceses habian formado alguna colonia, los arrojase del territorio.

1689. El gobernador de Coahuila, D. Alonso Leon, dispuso su gente en el momento que recibió la orden del nuevo virey, y caminando por extensos desiertos, llegó, despues de muchos dias de penosas marchas, á la laguna de San Bernardo. Un triste espectáculo se le presentó allí á la vista. Junto á un fuerte que no habia sido concluido, se veian muchos cadáveres, unos destrozados á golpes y otros atravesados por las flechas de los indios. El jefe español reconoció, por el traje que vestian las víctimas, que eran franceses. Con efecto; la colonia francesa, apenas se habia establecido, fué atacada por los naturales, á cuyas manos perecieron todos los que

la formaban, excepto cinco que lograron escaparse. El gobernador de Coahuila, que supo el triste acontecimiento por dos franceses de los que se habian salvado refugiándose en una tribu amiga que se hallaba próxima, volvió á Monclova, marchando con él los dos franceses á quienes habia prometido volverlos á su patria. Terminada la expedicion, puso en conocimiento del virey lo acontecido, y el conde de Galve mandó establecer en el mismo sitio una colonia, que fué abandonada poco despues.

En los mismos dias en que el activo virey habia escrito á la corte la trágica muerte de los franceses establecidos en la costa de Tejas, se sublevaron los indios taramaures y tepehuanes, en la Nueva Vizcaya, exhortados por sus antiguos sacerdotes y hechiceros, para que se librasen de los que trataban de imponerles una nueva religion. El primer acto de los sublevados fué dar muerte á los misioneros franciscanos, á tres jesuitas y á todos los hombres blancos que se hallaban esparcidos en la provincia. Los gobernadores de los presidios inmediatos, noticiosos de lo que pasaba, dieron parte al virey del triste acontecimiento. La contestacion del conde de Galve fué ordenarles que reclutasen gente en los pueblos fronterizos y fuesen á sofocar la sublevacion. Los jefes de los presidios penetraron inmediatamente en la provincia, emprendiendo la campaña con la mayor actividad. Pero los esfuerzos que hacian para poner término al levantamiento eran infructuosos. Los indios, subidos en sus montañas, no presentaban accion de guerra, y fatigaban á sus contrarios con sus marchas y contramarchas. La campaña se hubiera prolongado mucho, si los misione-

ros, por medio de sus consejos, no hubieran logrado atraer á los pueblos á la paz. El que mas parte tuvo en la pacificacion, fué el padre jesuita Juan María Salvatierra, natural de Milan, que se habia hallado ausente de la provincia en el momento de la sublevacion, y á quien los indios consagraban intenso cariño. El virey le escribió una carta afectuosa, dándole las gracias por el importante servicio que habia prestado.

A la grata noticia de la pacificacion de los indios taramaues y tepehuanes, se unió otra no menos lisonjera. El 23 de Enero se recibió en la ciudad de Méjico la nueva de haber llegado á Veracruz la Armada de Barlovento, conduciendo dos presas hechas á los corsarios, y anunciando que otro buque español habia quitado á otro barco pirata cuarenta mil duros, que los condujo á la Habana.

El conde de Monclova, que habia permanecido en Méjico desde que fué relevado por el conde de Galve, salió el 18 de Abril de la ciudad, para ir á hacerse cargo del gobierno del Perú. Le acompañaron hasta la Piedad, el virey, la Audiencia y todas las autoridades.

1690. Los acontecimientos de la guerra del siguiente año de 1690 contra franceses y filibusteros, fueron no menos felices para las colonias españolas. En la laguna de Términos se habia logrado quemar ochenta y cuatro embarcaciones filibusteras, matado mucha gente y cogido algunos prisioneros. En Acapulco habia salido la escuadra varias veces en busca de los corsarios, y en todas tuvo la fortuna de hacerles que se alejasen de la costa.

Al mismo tiempo que el conde de Galve atendia á la

seguridad de las costas y colonizaba un sitio próximo á la Laguna de San Bernardo, disponia una brillante expedicion de españoles y mejicanos para la isla de Santo Domingo, con intento de batir á los franceses en la parte que ocupaban. Le movió á dar este paso el saber que el gobernador de aquella isla habia alcanzado, por medio de las armas, desencastillar á los franceses de la isla de la Tortuga, punto de donde habian hecho sus piráticas excursiones con notable daño, no solo en los puntos mas próximos, sino tambien de la Nueva España. La fuerza reunida para la expedicion se componia de dos mil seiscientos soldados, incluso algunos escuadrones de caballería. Embarcada la gente en la Armada de Barlovento, que se componia de seis navíos de línea y una fragata, salió de Veracruz con tiempo bonancible y llegó sin contratiempo á Guarico, seis leguas distante del cabo francés. La tropa desembarcó sin encontrar oposicion. En cuanto saltó á tierra, se le unieron los isleños descendientes de españoles, que anhelaban vengarse de los males que habian recibido de los franceses. Efectuado el desembarco, se formó la tropa, y poniéndose los jefes al frente de sus soldados, se prepararon á la marcha. El gobernador francés Mr. Cussi, al tener noticia del desembarco de las tropas enviadas de Méjico, no juzgándose con fuerza suficiente para impedir la marcha de los contrarios, juzgó que lo conveniente seria disponer una celada que le diese la victoria. No fué de su opinion su segundo Mr. Franquesnay. Militar valiente y entendido, opinó que lo mas glorioso para el brillo de las armas francesas, era esperar á los mejicanos y españoles en la llanura de la Limonada. Esta opinion prevaleció

en la junta de guerra que se tuvo, y en consecuencia, las tropas francesas se dirigieron al punto indicado, donde tomaron posiciones ventajosas.

Era en los primeros dias del mes de Enero cuando los dos ejércitos se encontraron uno frente al otro. La batalla empezó con algunos disparos de cañon y avanzando los mejicanos y españoles sobre las posiciones enemigas. Los franceses, llevados de su fogosidad, se lanzaron al mismo tiempo sobre sus contrarios, y cesando el fuego de arcabuz, se acometieron al arma blanca. La lucha era tenaz y sangrienta. Todos combatian con extraordinario denuedo. La victoria se mantenía indecisa; y cuando los franceses, haciendo un esfuerzo heróico, esperaban alcanzar el triunfo, se vieron acometidos de repente por una fuerza mejicana de caballería, que estaba de reserva, que desordenó sus filas. Desde ese momento se declaró la victoria por las fuerzas de la Nueva España. Los franceses, no pudiendo resistir el ímpetu de sus contrarios, perdieron el orden, y fueron derrotados completamente, salvándose de la muerte aquellos que pudieron huir á los bosques y montañas. Seiscientos fueron los muertos que dejaron tendidos en el campo, entre ellos el gobernador Mr. Cussi, atravesado de una lanzada; su segundo, el valiente Franquesnay, su sobrino Butteval, y otros treinta oficiales de los mas distinguidos por su valor. Los vencedores recogieron considerable número de armas, entre ellas cuatrocientas cincuenta pistolas, de las mejores que se conocian en aquella época. Esta batalla, en que las tropas mejicanas dieron pruebas de su bizarría y decision, hizo á los españoles dueños de todo el Norte de la isla. El jefe de la ex-

pedicion, alcanzado el triunfo, se apoderó de cuatro buques franceses que estaban en aquellos mares, quemó la ciudad de Guarico, metió en sus barcos á los muchos prisioneros que habia hecho, y dándose á la vela, llegó á Veracruz, donde las tropas fueron recibidas con el mas vivo entusiasmo. El virey celebró una funcion religiosa en accion de gracias por la victoria alcanzada, y algun tiempo despues el célebre literato mejicano D. Carlos de Sigüenza, escribió con elegante estilo ese hecho de armas, en que perdieron los franceses la flor de sus soldados en el Nuevo Mundo.

1691. El conde de Galve, que el año anterior habia formado un presidio en la Laguna de San Bernardo para impedir que los piratas cometiesen depredaciones en aquella costa, dispuso guarnecer la próxima provincia de Asinaís, llamada Tejas por los españoles. Sus habitantes, gente de dócil carácter, habian manifestado varias veces deseos de pertenecer á la corona de Castilla y de abrazar el catolicismo. El virey, aprovechando la buena disposicion de los indígenas, mandó al gobernador de Coahuila que pasase á la expresada provincia y escogiera un sitio que reuniese las condiciones necesarias para formar un presidio, llevando al mismo tiempo catorce religiosos franciscanos que instruyeran á los naturales en la religion cristiana. Todo se ejecutó de la manera que dispuso el infatigable conde de Galve. Se estableció la colonia, se multiplicaron los ganados que se llevaron, progresó la agricultura y se echaron los cimientos de la civilizacion; pero habiendo sobrevenido á los tres años una larga sequía en que pereció casi todo el ganado y se perdieron las

sementeras, se abandonaron muchas poblaciones, volviendo la mayor parte de las familias á Coahuila.

Mientras en la provincia de Tejas pasaba lo que dejo referido, en la ciudad de Méjico y en las poblaciones de sus alrededores apareció la funesta calamidad del hambre. Las fuertes heladas que habian caido, anticipándose á la estacion de ellas, destruyeron el año anterior las sementeras, perdiéndose por completo el maíz, alimento principal de la gente pobre. Los panaderos, para no verse precisados á vender el pan al precio de costumbre, cuando el trigo se hallaba por la misma causa de la pérdida de la cosecha á subido precio, no quisieron amasar el 13 de Setiembre, y los habitantes se encontraron en ese dia sin uno de los mas precisos alimentos. El 14 sucedió lo mismo, y solo se conseguia algun panecillo, con mucho trabajo y á subido precio. El virey, que se hallaba en la poblacion de los Remedios, al tener noticia de lo que pasaba, marchó á la capital con el objeto de hacer que la poblacion no careciese de un artículo indispensable á la vida. El empeñoso gobernante y el Ayuntamiento, juzgando que nunca se ejerce mejor la autoridad que cuando se trata de aliviar las necesidades de la clase pobre, hicieron uso de ella para ordenar que se llevase maíz, no solo de las provincias próximas, donde la cosecha habia sido abundante, sino tambien de las lejanas, pues tampoco habian sufrido contratiempo ninguno. El pueblo quedó agradecido á la paternal disposicion del conde de Galve, y la clase menesterosa socorrida en su necesidad.

Algunos dias antes de haberse visto precisado el virey á dar órden de que abasteciesen la capital de maíz y trigo

de otras provincias, presenciaron los habitantes de la ciudad de Méjico un curioso eclipse. A las nueve de la mañana del 23 de Agosto, hubo uno total de sol. La oscuridad fué completa; se vieron las estrellas como en medio de la noche, y cantaron los gallos.

Cuando el conde de Galve estaba satisfecho de haber remediado la imperiosa necesidad del pueblo con el acopio de grano hecho en la capital, vino á acibarar su placer un acontecimiento relativo á la agricultura. El 9 de Junio, á media noche, cayó una espantosa granizada por el Poniente, que destruyó por completo todas las ricas sementeras de maíz que habia por los pueblos de la jurisdiccion de Tacuba. El granizo fué acompañado de terribles y largos aguaceros que inundaron la campiña y los caminos. El trigo y el maíz quedaron destruidos, y desvanecidas las esperanzas que se habian concebido de una abundante cosechā que proporcionase á la gente pobre el sustento á bajo precio. Esta desgracia hizo que encareciese notablemente el grano. La carga de trigo llegó á valer veinticuatro duros, y el maíz en la misma proporcion. Todo hacia augurar que el año próximo seria de hambre para la clase pobre, y el virey, para evitar ese mal á la sociedad, trató de acudir al remedio.

Mas favorecidos que los labradores por el tiempo, se vieron los mineros por las minas en que trabajaban. La abundancia de metales iba en aumento, y en la Casa de Moneda de Méjico se marcaron en ese año, en el edificio del ensayador, ochocientos mil marcos de plata.

1692. Entretanto, el conde de Galve habia logrado reunir en la alhóndiga una cantidad notable de